

la leyenda del
Castillo de Butrón

Las Brujas



primera parte

SERIE **joven**

Primera edición,
Abril 2011

Copyright © Miguel Ángel Cortés
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-13-1
Ilustración de cubierta: FÉLIX SOTOMAYOR
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA RASERO

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

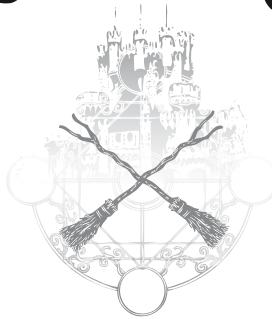
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://castillodebutron.mundosepicos.es>

La leyenda del
Castillo de Butrón

Las Brujas



MIGUEL ÁNGEL CORTÉS

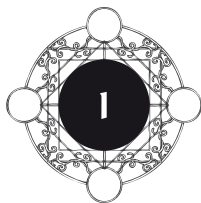






Quiero dedicar esta aventura
a mi familia, a mi novia y a mis amigos,
especialmente, a Mari Tere,
por ser la primera en leerla de principio a fin,
ya que me 'obligaba' a seguir escribiendo
para saber cómo iba a terminar.
También quiero agradecerse a David y a Joaquín;
gracias a ellos, este sueño se ha hecho realidad.





la fiesta en la aldea

Era una fría e iluminada noche de luna llena. Casi parecía de día, si no fuera por los ruidos que emitían los animales nocturnos, los ronquidos de algunos habitantes de la pequeña aldea y por la densa niebla que cubría casi hasta la mitad los troncos del Gran Bosque.

Aquel era un bosque temido por casi todos los habitantes de las aldeas más cercanas, cuyos miedos habían sido alimentados entre ellos mismos, contando lo que habían oído, recordando, e incluso inventando ellos mismos las leyendas que tachaban a aquel precioso e inquietante lugar de cobijar a las más extrañas y fantásticas criaturas que jamás se podría imaginar.

—Y sacándole los ojos... —contaba Diego con entusiasmo.

Diego era el escudero de un noble que se estaba haciendo un castillo en otra aldea cercana, pero que mientras tanto, vivía en el castillo del rey de aquellas tierras, y como dicho noble viajaba a menudo, Diego disponía de mucho tiempo libre y lo dedicaba a atender la pequeña huerta que tenía al lado de su casa. Tenía los ojos marrones y dieciocho años. Gracias a pasar tanto tiempo junto al noble sabía leer y escribir. También sabía leyendas de todo tipo, ya que el noble se las contaba y, de entre sus amigos, era el que más se paraba a razonar antes de actuar. Su mayor miedo era equivocarse a la hora de darle confianza a alguien y que algún día, todo lo que pudieran saber de él, lo utilizasen en su contra.

Habían abierto la puerta sin llamar y, tras saludar, se sentó junto a los otros tres.

—Hola, Carlos —saludó Diego.

Carlos era el más joven de los cuatro, con diecisiete años, y el más alto. Tenía los ojos azules, y era rubio y de piel muy blanca. Pero lo que más lo caracterizaba y lo distinguía de los otros era que siempre actuaba por su



propio interés y era muy ambicioso. Su mayor miedo era sufrir alguna discapacidad física y, con ello, que tuviera que depender siempre de alguien, ya que era de los que opinaba que si alguien había nacido bien, jamás podría sufrir una discapacidad psíquica.

—¿Ya estás contando más leyendas? —preguntó Carlos—. No sé cómo aún te pueden seguir gustando, Gaspar.

Gaspar, por el contrario, era más bajo que Carlos, pero no por no comer, porque se le notaba bien la barriga. Tenía el pelo rizado y moreno, y los ojos verdes. Ayudaba siempre a todo el que podía, porque era el más bondadoso, y toda la aldea lo conocía muy bien. Pero no era esto lo que más le caracterizaba, sino lo bruto que era, ya que era el más bruto de toda la aldea. Todos los años ganaba en las fiestas del pueblo lanzando una piedra más lejos que ninguno, y eso que solía pesar alrededor de los diez kilos. Era el mayor de los cuatro con diecinueve años. Su mayor miedo era llegar a viejo y, tras haber pasado la vida solo, sin mujer y sin hijos, morir igual de solo. Aunque de momento era feliz con sus amigos y, lo que le inquietaba, era que éstos se casaran y todo cambiase.

—¿¡Eh, qué!?! —exclamó Félix, confuso tras despertarse de golpe mientras levantaba la cabeza de la mesa de la casa de Diego.

Félix, al igual que Gaspar, era muy bondadoso. Tenía los ojos marrones, era de piel el más moreno de los cuatro y tenía, al igual que Diego, dieciocho años. Era muy bromista, por eso no era del agrado de la mayoría de los aldeanos; por eso y porque era muy descarado. Pero la mayoría de la gente lo trataba bien, ya que casi todos le debían algún favor, porque cuando alguien necesitaba algo, él les ayudaba sin pensarlo dos veces. En realidad nunca pensaba las cosas dos veces, a veces incluso, ni siquiera las pensaba una vez. Pese a ser el más valiente de los cuatro, su mayor miedo eran las alturas y los bichos, especialmente las arañas. Se defendía diciendo que era asco lo que le producían.

Excepto Diego, los otros tres eran agricultores. Se parecían en casi todo: tenían el pelo largo y alborotado, eran pobres, se llevaban muy bien con todos los de la aldea... A los cuatro, incluido Carlos aunque lo negase, les gustaba oír y contar leyendas sobre brujas que habían empezado a difundirse años atrás sobre el Gran Bosque. Ésta era principalmente la causa por la que hacía mucho tiempo nadie se atrevía ni siquiera a pisar los alrededores del bosque.

Cada noche se solían reunir en casa de uno de los cuatro para contarse nuevas o antiguas leyendas y, aunque eran todas muy parecidas, todas tenían alguna cosa distinta a las demás (aunque todas trataban sobre seres fantásticos que habitaban en el Gran Bosque, la mayoría eran sobre brujas). Casi siempre las contaba Diego, ya que el noble del que era escudero viajaba mucho, y siempre que volvía de sus viajes le contaba más de una leyenda nueva que le contaban a él en aquellas tierras que acababa de visitar.

Esa misma noche estaban reunidos en casa de Diego.

Era como la de los demás: de piedra, con una chimenea en el centro de una de las paredes, la puerta de la calle (la única puerta de toda la casa), en el lado opuesto, y en las otras que quedaban libres, una pequeña ventana en cada una. En el centro había una mesa rectangular de madera con cuatro taburetes alrededor. En uno de los rincones de la casa (al lado izquierdo de la chimenea), tenía colocadas unas cuantas pieles encima de un montón de paja, el cual hacía de cama. Tenía una barandilla de madera (para separar la cama del resto de la pequeña casa) que se unía a una viga (también de madera), la cual sujetaba junto con las paredes las vigas del techo, y unas escaleras de madera para subir al desván.

—¡Cada vez son más increíbles las leyendas que nos cuentas! —dijo Carlos.

—¡Jo que sí! ¡Ya podían hacer otra cosa en vez de estar pensando cómo asustar a la gente! —dijo Félix.

—¿Pero te ha dado miedo? —preguntó Carlos.

—¡Pues claro que no! ¿Si me dieran miedo, tú crees que me hubiera dormido? Pero el hijo de los Herrero lleva una semana que se despierta todas las noches llorando, con miedo a las brujas —explicó Félix.

—¡Ah! Se me olvidaba... ¿Preparados para perder mañana de nuevo con la piedra? —preguntó Gaspar.

—¡Es verdad! —exclamó Félix—. ¡Ya no me acordaba! Este año, alguno de los tres te vamos a ganar; ya no eres el más fuerte de todos...

—Pues como no sea otro día... —dijo Diego—. O por la noche, pero muy tarde.

Los tres le miraron atónitos.

—Mañana vienen nobles de muchos lugares, incluso de otros países, para participar en un torneo de justa —les explicó.

—¿Por qué no nos lo habías dicho antes? —preguntó Félix.



Toc, toc, toc. Sonó la puerta de la casa de Diego, que era donde estaban los cuatro.

—¡Adelante! —dijo Diego aplazando su conversación.

Se abrió la puerta y apareció un hombre bastante mayor, delgado y con el pelo blanco.

—Buenas noches, siento interrumpiros —dijo.

—Pase, pase, si no nos interrumpes —dijo Diego—. Siéntese y coma algo con nosotros.

—No, gracias. Venía a pedirte un favor, Diego —le explicó el hombre.

—Lo que usted quiera —le dijo Diego.

—Es que... como ya sabéis... hace mucho que no me atrevo a ir al Gran Bosque, y... necesito un poco de leña —explicó.

—Pero no se creará todas esas tonterías de las brujas —dijo Carlos.

Hubo un momento de silencio. Después, Félix dijo:

—Mañana en cuanto podamos, vamos. Entre los cuatro terminaremos pronto, y si hay alguna bruja... ¡le decimos que embruje a Gaspar para que no vuelva a ganar con la piedra! —Rieron todos excepto el aludido.

—¡No tiene gracia! —le gruñó Gaspar.

Pasó el día muy despacio, como siempre, igual de aburrido, mientras los cuatro deseaban que llegara la hora de poderse reunir.

Cuando llegó el momento, cogieron dos hachas que tenía Diego en su casa y se dirigieron al Gran Bosque. Unos minutos después estaban en la entrada. Había un montón de pinos. Según los más mayores, el Gran Bosque se llamaba así porque había varios kilómetros de bosque y tenía una gran variedad de clases de árboles.

Se acercaron a un pino, y Diego empezó a talarlo. Al cabo de un rato Félix le sustituyó.

Empezó a oscurecer, ya que no habían podido ir hasta última hora de la tarde. El cielo se puso anaranjado.

—Esto ya está; un empujoncito y listo —aseguró Gaspar, cuyo rostro iba adoptando los rasgos típicos del miedo a medida que el sol se iba ocultando en el horizonte.

—Lo que tú digas. Voy a regar un poco algún árbol por ahí, que ya no aguantan más. Ahora vuelvo —dijo Carlos adentrándose un poco en el bosque.

—Venga, a la de tres empujamos —dijo Gaspar apoyándose en el árbol algo nervioso, ya que no veía el momento de irse de allí.



—Eaao oango eña —dijo Diego, que tenía una tela puesta en la boca, y por eso hablaba así de raro.

—¡Quitadle eso! ¡Dejadle hablar! —dijo Adolfo.

—¡Ah! —suspiró Diego—. Estábamos cortando leña, señor.

—¡Ya! —exclamó Adolfo mirando los árboles—. ¿¡Y dónde está ese árbol!?

—Si nos sueltan podremos llevaros, señor —sugirió Gaspar.

—Soltad a ése, y que nos guíe hasta el árbol —dijo Adolfo señalando a Diego—. Y vosotros vigilad bien a los demás.

Levantaron a Diego y fueron hasta el árbol. Después de un rato volvieron.

—¡Soltadles! —ordenó Adolfo a los guardias.

Y dirigiéndose a Diego, Carlos, Gaspar y Félix, dijo:

—Terminad de cortar el árbol y volved antes de que anochezca. Alguien nos ha informado de que han visto brujas en el bosque, por eso estábamos vigilando. Si tenéis algún problema, llamadnos.

Y se retiraron. A los cuatro se les quedó cara de pánico.

—¡Vámonos! ¿Y si nos cogen las brujas? —propuso Gaspar.

—Lo mismo alguien nos ha visto de lejos y ha pensado que nosotros éramos unas brujas —opinó Diego.

—¿Y si lo cortamos rápido, lo llevamos entero hasta el pueblo y luego allí lo troceamos con más tranquilidad? —propuso Félix—. No debe de pesar mucho.

Fueron corriendo hasta el pino y lo cortaron lo más rápido que pudieron. Después, lo agarraron entre los cuatro y lo llevaron a duras penas hasta la aldea, ya que pesaba más de lo que creía Félix. Una vez en la aldea, respiraron más tranquilos. Gaspar fue hasta su casa y cogió otras dos hachas, una para él y la otra para Carlos.

Un rato después, pero todavía con miedo, trocearon el pino y se lo llevaron a Damián, que les hizo pasar y les invitó a cenar. Después de contarles lo ocurrido, Damián les explicó que hacía ya dos semanas que él también oía ruidos extraños en el bosque.

Después de despedirse, salieron, y cuando se dirigían al centro de la aldea, que era donde se separaban para ir cada uno a su casa, se cruzaron con Adolfo y los guardias.

—¿Han encontrado algo, señor? —preguntó Diego.

—No, pero tenemos que volver; quiero estar descansado para el torneo de mañana. Durará ocho días; cada día se enfrentarán cuatro nobles. Mañana, antes de que cante el gallo, quiero que estés en el castillo, que limpies y prepares el caballo, y prepara las lanzas en el lugar que les corresponde. Me toca el primero contra el conde de Doiras.

—Esperemos que gane usted, señor —dijo Carlos.

—Buena suerte —dijeron Gaspar y Félix a la vez.

—Allí estaré, señor —dijo Diego.

De repente, sin que nadie se diera cuenta y más sigiloso que un fantasma, mientras los cuatro contemplaban cómo se iba Adolfo a lomos de su caballo, una pequeña mano apareció por detrás y tiró de la chaqueta de Félix.

—Félix, mi perro se ha escapado por ahí —avisó Benjamín (el hijo de los Herrero), señalando hacia la parte trasera del castillo del rey.

—No te preocupes, ahora voy a por él. Bueno, hasta mañana —se despidió Félix de sus amigos—. ¿Cómo se llama?

—Chuspi —le informó Benjamín.

—De acuerdo —le dijo Félix—. Vete a tu casa y espérame allí. Ahora vuelvo, ¿vale?

Y diciendo esto, Félix se dirigió hacia la parte trasera del castillo del rey, donde según Benjamín, había ido su mascota.

—¡Chuspi! —llamó mientras se adentraba con cuidado en la maleza que allí había (ya que en una de aquellas ventanas estaba la habitación de la princesa y esto hacía al castillo más seguro contra los atacantes).

No se oía nada.

—¡Chuspi! —volvió a llamar mientras caminaba entre los arbustos—. Vaya nombre. No se debería dejar que los niños les pusieran nombre a los animales... Parezco tonto gritando ese nombre... ¡Chuspi!

No hubo mejor suerte. Ni siquiera el ruido de los animales nocturnos se oía en aquel desarreglado lugar.

De repente, procedente del castillo, escuchó la voz de la joven hija del rey.

—Ahora voy —le dijo la princesa a alguien que esperaba al otro lado de la puerta.

Félix, con miedo a que le acusaran de cualquier cosa (algo muy normal en aquella época, sobre todo de brujería), se agachó, se escondió entre los arbustos, y permaneció inmóvil.



Rápidamente, intentó cubrirse el rostro con una hoja de helecho. Pero tras ahogar un grito, tiró la hoja lo más lejos posible, y con ella, el pequeño bicho que se aferraba con fuerza al helecho.

—Mierda de bichos, seguro que hay más —se quejó mientras examinaba cuidadosamente todo cuanto le rodeaba—. Si por lo menos valieran para algo... Pero para lo único que valen es para darme asco. Seguro que me termina viendo algún guardia. ¿Quién me mandaría meterme aquí para buscar a ese saco de pulgas? Si por lo menos obedeciera o valiera para la caza... Pero sólo vale para pegarnos las pulgas. Ya me empieza a picar todo sólo de pensarlo...

De repente, justo cuando iba a asegurarse de que no le había visto nadie desde la ventana, la princesa hizo lo que menos se habría imaginado en ninguno de sus mejores sueños.

La joven se acercó un poco a la ventana y se quitó el camisón bajo la atónita mirada de Félix, para ponerse luego uno de sus lujosos trajes de princesa (tras haber quedado antes completamente desnuda).

—Ya puedes pasar —le dijo la princesa a la persona que esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Cómo se te ocurre cambiarte con las ventanas abiertas? —le reprochó el rey.

—Es que hacía mucho calor... —le informó la princesa.

—Te podría haber visto alguien —le dijo el rey—. Es una de las ventanas más bajas de todo el castillo.

—No te preocupes, papá, me asomé antes a la ventana y no vi a nadie —mintió la princesa para que el rey no se enfadara con ella.

El rey miró hacia la maleza, pero al ser de noche, no vio al joven que estaba agachado entre los arbustos.

—Si algún plebeyo te hubiera visto, tendríamos que cortarle la lengua para que no se lo contara a nadie, y sacarle los ojos para que no osara volver a verte —le informó disgustado el rey—. Y eso no nos interesa a nadie. Los ciegos no nos generan ningún beneficio. ¿Eso es lo que quieres?

—Lo siento, padre —se volvió a disculpar la princesa—. No volverá a ocurrir.

En cuanto se alejaron de la ventana y escuchó Félix el ruido de la puerta al cerrarse, se levantó y salió corriendo de vuelta a la aldea, con más miedo que el que le entró cuando vio el bicho tan cerca de su rostro.



—¿Usted qué opina respecto al Gran Bosque? —le preguntó Diego con curiosidad—. ¿Cree que hay seres fantásticos como aseguran todas esas leyendas? Quizá las sombras que vio el guardia eran las nuestras al ir a buscar leña...

—Quizá —respondió Adolfo. Después suspiró y guardó silencio durante unos instantes mientras miraba pensativo hacia el cielo—. Hacía mucho que no se lo contaba a nadie, pero el rey opina lo mismo que yo: el Gran Bosque oculta algo.

—¿Qué puede ocultar un bosque al que ya nadie va? —preguntó confuso Diego.

—Cualquier cosa —le respondió Adolfo—. Como tú has dicho, ya nadie va. Las leyendas, verdad o mentira, han convertido el bosque en un lugar inhóspito, probablemente, un buen lugar para cobijar a todo tipo de delincuentes y malhechores.

—¿Realmente cree eso? —se preocupó Diego.

—Te voy a contar una cosa, pero no se lo debes contar a nadie —le dijo Adolfo—. ¿Me prometes que no lo harás?

—Lo prometo —le respondió Diego.

—Hace muchos años, cuando el Gran Bosque no era más que el lugar de trabajo de muchos campesinos y leñadores, me adentré en él como tantas otras veces —le contó Adolfo—. Pero aquel día, me desvié del camino sigilosamente detrás de un pequeño cervatillo. Tenía curiosidad por saber cuántos más habría. Pero el sol se empezó a poner y el cervatillo huyó al oír el crujir de una rama seca bajo mis pequeños pies. La noche no tardó en caer, y con ella, el cruel frío de noviembre. Grité y grité llamando a mis padres o a cualquiera que me pudiera oír, pero me había alejado demasiado. Me esforcé por encontrar el camino de vuelta, pero al final, tuve que rendirme a mi suerte. La noche era tan oscura que ni siquiera la luna salió. Empecé a tiritar de frío y miedo. Pero tuve la genial idea de cubrirme con las hojas secas que había en el suelo y me acomodé junto a un tronco agujereado. Estaba cansado y con sueño, pero el miedo y el frío no me dejaron dormir en toda la noche. Y de repente, allí apareció de la nada, majestuoso y como si su blanco pelo desprendiera luz propia. Al día siguiente nadie me creyó, y señalaban al frío como el responsable de aquella visión, pero yo fui el único que estuvo allí y el único que vio a aquel precioso unicornio, cuyo aliento mantuvo el calor de mi cuerpo



Poco a poco, empezaron a llegar los nobles en sus respectivos caballos, acompañados por sus respectivos escuderos.

Las trompetas volvieron a sonar, pero pararon enseguida.

Los palcos más bajos empezaron a llenarse de nobles con menos poder o criados de confianza del rey, la reina y la princesa.

A continuación, las trompetas tocaron una nueva melodía y los murmullos de la gente cesaron. Todos se pusieron en pie (aunque muchos aldeanos ya lo estaban porque no entraban en los largos bancos de madera de las gradas). El rey, la reina y la joven princesa subieron a su palco.

—Es un honor para mí dar comienzo a nuestras fiestas, nada más y nada menos que con un espléndido torneo de justa. Como todos sabéis, el torneo durará ocho días, y el vencedor se podrá casar con mi hija. Antes de comenzar el torneo, quiero que hagáis un pequeño desfile con vuestros caballos —continuó el rey dirigiéndose a los nobles— para que podáis fijaros bien a lo que os enfrentáis y para deleitar al público aquí presente.

Los caballos empezaron a galopar rápidamente de un lado hacia el otro, frenando de golpe y cambiando de sentido. Caballos negros (el de Adolfo), pardos, blancos, marrones... iban de un lado para otro, cada cual más veloz.

Pasado un agradable rato, el rey levantó una mano y las trompetas sonaron. Los caballeros que no iban a participar se salieron del terreno, entregaron sus caballos a sus respectivos escuderos, se quitaron las aparatosas armaduras, y se sentaron en los asientos libres del palco del rey.

Adolfo y el conde de Doiras se prepararon para el torneo.

—Dame mi lanza —ordenó Adolfo a Diego.

—Tenga... y suerte.

El rey volvió a alzar su mano derecha, esta vez con un pañuelo en la mano, y a continuación, lo bajó de golpe. Los dos caballeros se lanzaron rápidamente el uno contra el otro, a mucha velocidad, cada vez más rápido. Entonces pusieron las lanzas en posición y... el conde de Doiras le propinó un fuerte golpe a Adolfo rompiendo su lanza a la altura del pecho. Por culpa del fuerte impacto, Adolfo cayó hacia atrás sobre el lomo del caballo y por muy poco no se cayó al suelo.

Gestos de dolor y un prolongado ‘¡Uyyyyy!’ se oyó en las gradas.

De nuevo volvieron cada uno a su punto de partida. Diego fue corriendo a por la lanza que se le había caído y se la devolvió.



Diego le dio rápidamente la lanza. Adolfo espoleó al caballo y salió de nuevo, pero esta vez sin casco. Al verle, el conde de Doiras se bajó rápidamente la visera, cogió su lanza y salió a la carga.

De nuevo los caballos cogieron velocidad, pusieron las lanzas apuntando al adversario y, cuando estaban a punto de golpearse, la lanza del conde de Doiras se partió por la mitad y se le cayó de la mano segundos antes de que Adolfo le golpeará en la parte delantera del casco, tirando al suelo al conde de Doiras.

Las trompetas volvieron a sonar en señal de victoria y los espectadores rompieron en aplausos y gritos de alegría. Adolfo había ganado. Unos bufones salieron al terreno de juego y comenzaron a hacer reír a todos cuantos estaban observando el torneo.

A continuación, el conde de San Juan y el conde de Turón se enfrentaron.

Los dos estuvieron a punto de caer, pero ninguno cayó al suelo ni se dio en la cabeza. Estuvieron muy igualados, pero finalmente, venció el conde de San Juan por cinco a cuatro.

Después del entretenido torneo, Diego fue a refrescarse un poco al río que pasaba cerca de la aldea por la parte norte del castillo (lo más cerca del establo del caballo de Adolfo).

Mientras caminaba, escuchó unas risitas que procedían de un poco más arriba de donde él tenía pensado lavarse la cara con la fría agua del río.

Se acercó sigilosamente, con el máximo cuidado posible para no ser descubierto.

Para su sorpresa, detrás del arbusto que tenía justo delante, se encontraba el río unos metros más abajo y en él estaban bañándose algunas criadas del rey como Dios las trajo al mundo (a muchas las conocía de toda la vida).

Después de un buen rato mirándolas boquiabierto, se acordó de sus amigos y, tras salir de allí igual de sigilosamente que había ido, se fue en busca de sus tres amigos.

Una vez lejos del río, corrió lo más rápido que pudo a la plaza de la aldea, donde Félix, Carlos y Gaspar hablaban tranquilamente y esperaban a que se asara la carne que se repartía para toda la gente que estaba allí el primer día de fiestas de la aldea.

—¡Eh, vosotros! —les llamó Diego jadeando—. Venid rápido u os perderéis lo mejor de las fiestas.

—¿Qué? —le preguntaron los otros tres.

—Seguidme —les pidió—. Para cuando esté la carne estaremos de vuelta. Y los cuatro echaron a correr hacia donde les quería llevar Diego.

Un poco antes de que llegaran, Diego les avisó:

—¡Sssh! Ahora no hagáis ni un ruido y asomaos con cuidado...

Se acercaron con mucho cuidado, como Diego les había pedido, y escucharon el chapoteo del agua y las risitas que había oído Diego al principio.

Seis criadas del rey se estaban bañando completamente desnudas en el río, aprovechando la comida que estaba celebrando en esos momentos el rey con varios miembros de la nobleza.

—Pero si son... Alicia, Ángela, Susana, Eva y... No sé quiénes son las otras dos... Pero cómo están... —informó Gaspar emocionado (que como los otros tres, las conocía desde pequeños).

—Jo, cómo han crecido... —dijo alucinado Félix mientras gesticulaba con las manos.

—Qué suerte tengo, ¿eh? —dijo con orgullo Diego.

—¿Esto es suerte? —dijo incrédulo Carlos—. Lo de éste sí que es suerte —añadió señalando a Félix.

—Jo que sí —le apoyó Gaspar—. Dice que ayer vio a la princesa desnuda desde la parte trasera del castillo... Aquí además, si quieres ver algo en condiciones te tienes que asomar un montón —dijo mientras se asomaba un poco más—. ¡Aaah!

Y con ese grito, se resbaló (porque se hundió el suelo por su peso, ya que estaban en un lugar muy escarbado por las aguas del río) y cayó (dando la vuelta en el aire mientras caía) de espaldas al río, salpicando un montón y levantando un ligero oleaje.

Las seis criadas, después de reaccionar tras el gran susto que les había dado Gaspar al caer, salieron corriendo del agua, cogieron sus ropas y huyeron de aquel lugar sin pararse a mirar quién había caído (para poder vestirse sin que las vieran viendo desnudas).

Para cuando Gaspar salió del fondo del río, las seis jóvenes ya habían huido y sólo quedaban sus tres amigos riéndose como locos a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! —rió Carlos—. ¡Te tenías que haber visto la cara!

Una vez que Gaspar estuvo fuera del agua, volvieron a la aldea porque pronto repartirían la comida.



De repente, al llegar al camino que subía al castillo del rey, los cuatro se cruzaron con las seis criadas (ya vestidas) que, al ver de dónde venían y ver a Gaspar mojado, se imaginaron que ellos habían sido los que les habían estado mirando, y se ruborizaron hasta el punto de que sus caras parecían verdaderos tomates (al igual que Gaspar).

Carlos, Diego y Félix, al ver las siete caras rojas como tomates, se echaron a reír con más ganas que cuando se cayó Gaspar al río (Carlos incluso llegó a tirarse al suelo y a golpearlo con la mano).

Cuando llegaron a la aldea, estaban empezando a repartir la carne, mientras la gente hablaba y reía.

La fiesta continuó durante todo el día en la aldea. Unos juglares entreteñían con sus historias a los aldeanos y algunos bailaban mientras otros los observaban y acompañaban la música con palmadas. Los cuatro bailaron con distintas jóvenes de la aldea.

Cuando terminó la música muy entrada ya la noche, un anciano propuso animar un poco más la fiesta con el lanzamiento de la piedra. Gaspar miró a sus amigos.

—¿Preparados para perder? —dijo.

—No, no, no, no, yo este año prefiero mirar —dijo Félix, cansado después del baile.

Gaspar se frotó los puños.

—¡Vale, vale! No hace falta ponerse así... si hablando nos entendemos todos... —intentó eludirse Félix—. Pero no eres tan fuerte...

Los otros tres le miraron esperando una explicación.

—¿A que no levantas esto? —le preguntó Félix mientras escupía al suelo.

Pero antes de que Gaspar pudiera reaccionar, un anciano llamó la atención de todos los presentes.

—¡Venga, que se acerquen aquí los participantes!

Los cuatro y otros cinco jóvenes que también querían participar se armaron. Las muchachas de la misma edad (entre ellas las seis criadas) les rodearon y cuchicheaban entre ellas. Los hombres más mayores empezaron a hacer apuestas. La mayoría apostaba por Gaspar, porque siempre había ganado él los años anteriores.

Los cinco jóvenes, que eran principiantes, lanzaron la piedra, pero no lo suficientemente lejos, puesto que Carlos les superó sin ninguna dificultad. Después tiró Diego, que no le pasó a Carlos por muy poco. Luego tiró Fé-

lix que consiguió pasar a Carlos, y finalmente, Gaspar cogió la piedra, dio dos pasos hacia atrás y cuando iba a lanzar...

—¡¡¡Aaaatchiss!!! —estornudó queriendo Félix.

Gaspar le lanzó una mirada amenazadora, y Félix, para disimular, estornudó otras cinco veces.

—¡Ya! Se acabó, ya puedes tirar —propuso Félix.

De nuevo, Gaspar dio dos pasos hacia atrás y mientras cogía impulso para lanzar la piedra...

—No, no, no —decía en voz baja y rápidamente Félix al lado de Gaspar.

Gaspar, enfurecido, tiró la piedra al suelo. Al tirarla, quedó medio agachado y, aprovechando el impulso de levantarse, cerró el puño con intención de golpear a Félix, que lo esquivó por los pelos, pero cayó al suelo.

Gaspar, más cabreado aún porque la gente se reía, miró a Félix con cara de asesino, y estiró el brazo hacia atrás para poder golpearle.

—¡No! ¡No! ¡Que era broma, que no te vuelvo a molestar! —dijo Félix mientras caminaba hacia atrás, hasta que se tropezó con un palo, vio que era suficientemente largo, lo cogió, se levantó y dijo—: ¡Uh, bichito! ¡Eeh! ¡Quieto ahí!

La gente cada vez se reía más. Pero retrocediendo, retrocediendo, se metió en la zona de lanzamiento, y Gaspar, sin pensárselo dos veces, agarró la piedra que pesaba alrededor de diez kilos, y la lanzó contra Félix, al que le rozó el pecho.

Aprovechando el momento en el que Félix se iba hacia un lado, Gaspar se lanzó a por él, dándole un puñetazo en el ojo y haciéndole caer desplomado en el suelo.

—¡Aaay! —exclamó la gente al ver el golpe.

—¡He ganado! ¡He ganado! —exclamó uno de los que había apostado por Gaspar.

Tocaron a muy poco cada uno, pues habían apostado casi todos por Gaspar. Al cabo de un rato, ya se habían ido casi todos, porque ya era muy de noche.

—Aaaah... qué dolor... —se quejó Félix mientras se levantaba del suelo.

—Es normal, menudo golpe te acaba de dar —respondió una voz femenina.



Cuando por fin pudo ver bien (porque se le había nublado la vista por el golpe), vio a una muchacha joven, de pelo moreno y liso, y de ojos azules.

—¿Quién eres? ¿No me habré muerto? —preguntó asustado Félix.

—No, ¿por qué? —le preguntó la joven.

—Es que yo... nunca había visto una chica tan... guapa... —respondió Félix tartamudeando y ruborizándose—. Pero... ¿Quién eres? ¿De dónde?

—Me llamo Lucía y hemos venido de bastante lejos, ¿y tú?

—Félix —respondió mientras contemplaba a otras tres chicas con Diego, Carlos y Gaspar—. ¿Hasta cuándo os vais a quedar?

—Sólo hasta que terminen las fiestas —le respondió.

—Y... ¿tenéis dónde alojaros?

—Bueno... sí —le respondió Lucía.

Se levantó y fueron a reunirse con los demás.

—Hola —saludaron al unirse al grupo.

—Hola —les respondieron.

—¡Qué bruto eres! No aguantas ninguna broma... —reprendió Félix a Gaspar mientras se tocaba el amoratado ojo izquierdo.

—Es verdad, con amigos así, para qué queremos enemigos —dijo una de las chicas.

—Yo no aguantaré ninguna broma, pero tú no aguantas ningún golpe... —se defendió Gaspar.

Hubo un momento de silencio, y al final, preguntó Félix:

—Bueno, ¿qué? ¿No nos va a presentar nadie? Me llamo Félix.

—¡Ah! —dijo Lucía disculpándose—. Éstas son Julia, Nuria y Elena.

También eran muy guapas y más o menos un año o dos más jóvenes que ellos.

Julia era pelirroja, de piel blanca, ojos marrones y la más alta de las cuatro.

Nuria era rubia, un poco más baja, con el pelo liso y más largo que las demás, y tenía los ojos verdes.

Elena era igual de alta que Nuria, pero tenía el pelo castaño y ondulado, y también tenía los ojos verdes.

Al final, Félix propuso ir a cenar a su casa. Pararon en las de los otros tres y cogieron cosas para comer.

—No tardéis, ¿vale? —les dijo una anciana a las chicas.



ayer juntos. En el centro del claro, según el anciano, hay una roca con forma de cresta de gallo, y dice que tiene esa forma desde que un dragón, después de un largo rato escupiendo fuego sobre ella, pisó la roca. —Esperó unos segundos para observar la reacción de sus amigos.

—¿Y eso es todo? —preguntó Carlos.

—Si me dejas continuar... Al lado de esa roca hay tres montones de piedras, y cada una de ellas la ha puesto una de las brujas cada vez que han salido a celebrar sus aquelarres junto a esa roca.

—¿Qué es un aquelarre? —preguntó Gaspar con intriga, intentando disimular el sueño que le estaba empezando a entrar.

—Un rito pagano que hacen las brujas. La Iglesia dice que en esos ritos invocan al demonio, pero en otras muchas leyendas antiguas se dice que los aquelarres son ritos que hacen para ahuyentar a los malos espíritus —respondió Félix—. Pero, ¿eso no lo hacían alrededor de una hoguera?

—¿Veis? Todas son invenciones de gente que se aburre... —explicó Gaspar.

—Ya empiezas con excusas... Se te nota en la cara que tienes más miedo que el hijo de los Herrero... —le dijo Carlos burlescamente, riéndose de Gaspar.

—¡Ya estamos! ¡Siempre con lo mismo! He dicho eso porque si no, siempre dirían que celebran los aquelarres alrededor de hogueras y no cada vez en un sitio. ¡Una roca con forma de cresta de gallo! ¿Dónde se habrá visto... —exclamó Gaspar—. Bueno, para seguir escuchando tonterías, me voy a dormir, que mañana hay que madrugar... ¡Hasta mañana!

—Pues nosotros también nos vamos... Hasta mañana —le dijeron Carlos y Diego a Félix.

Al día siguiente, se levantaron todos muy temprano, porque tenían unas ganas inmensas de volver a ver a las cuatro jóvenes. Como siempre, habían quedado en el centro de la aldea, donde había una pequeña plaza.

Cuando llegó Félix, ya estaban allí Carlos, Gaspar y Diego, que se tapaban los ojos porque les molestaba el poco humo que quedaba de la hoguera del día anterior, pues iba hacia ellos por culpa del viento. Pese a ser aún mediados de julio, el tiempo había cambiado mucho. El viento soplaba bastante fuerte y el cielo estaba muy gris.

—¡Maldito humo! Vamos, Félix, que ya no aguantó más aquí —dijo Carlos.